

Èthnos y Plèthos vs. Dèmos: lo que el populismo conservador de derechas hace a la democracia

Stéphane Boisard

Institut National Universitaire Jean-François Champollion

Fecha de aceptación: 27 de octubre de 2020

Il n'est pas sûr que notre époque ait manqué de dieux. On lui en a proposé beaucoup, et le plus souvent bêtes et lâches. Il semble bien, au contraire, qu'elle manque d'un dictionnaire. C'est une chose, du moins, qui paraît évidente à ceux qui espèrent pour ce monde, ou tous les mots sont prostitués, une justice claire et une liberté sans équivoque [...] la critique du langage ne peut éluder ce fait que nos paroles nous engagent et que nous devons leur être fidèles. Mal nommer un objet, c'est ajouter au malheur de ce monde.

Albert Camus, «Sur une philosophie de l'expression», 1944.

Resumen: En un mundo gobernado hoy día mayoritariamente por partidos conservadores y/o de derechas, se impuso como una categoría esencial de la ciencia política el término “populista” para calificar a ciertos de estos líderes y regímenes. Este artículo analizará la definición que dan del pueblo y la democracia los gobiernos y dirigentes llamados populistas. Se planteará que frente al pueblo-*dèmos* inclusivo de la democracia liberal, los nacional-populismos conservadores contemporáneos se fundan en la idea excluyente de un pueblo-*èthnos* que trataría de protegerse de agresiones exteriores (emigrantes, comunistas, “desviados sexuales”, feministas, ecologistas...). El nacional-populismo conservador no solo pone en peligro la democracia, porque no se limita a cuestionar las reglas formales de una democracia pluralista, sino que contribuye también a una “brutalización” del debate político.

Palabras clave: populismo, derecha, conservadurismo, democracia, pueblo.

Summary: In a world governed mainly by conservative and/or right-wing parties nowadays, the term “populist” has become an essential category of political science to qualify certain of these leaders and regimes. This article will discuss how “so-called” populist governments and leaders define the people and the democracy. It will argue that, in contrast to the inclusive *people-dèmos* of the liberal democracy, contemporary conservative and nationalist populisms are based on the exclusive concept of *people-èthnos* that would try to protect itself from external aggressions (immigrants, communists, “sexual deviants”, feminists, ecologists...). Conservative national-populism endangers democracy because it does not only question the formal rules of the pluralist democracy, but it also contributes to a “brutalization” of the political debate.

Keywords: populism, right-wing, conservatism, democracy, people.

Se está viviendo actualmente un momento de debilidad histórica de las izquierdas en casi todo el planeta. Tanto la social-liberal como la radical parecen incapaces de imponerse a corto o medio plazo en elecciones democráticas. El mundo está gobernado hoy día mayoritariamente por partidos conservadores y/o de derechas (aunque el término sea de un uso polémico en muchos sistemas políticos extraeuropeos). No se trata de hacer aquí una lista exhaustiva de estos gobiernos, sino de hacer hincapié en la pluralidad de esta familia política y en su expansión geográfica en un tiempo T.

La mayoría de las instituciones de la Unión Europea están actualmente controladas por las derechas vinculadas al Partido Popular europeo: la “neoliberal” a la cabeza de la Comisión Europea, con Ursula von der Leyen que proviene de la CDU alemana, y la “liberal” en el Consejo Europeo, con el belga Charles Michel. Gran parte también de los países están hoy día gobernados por partidos y líderes de derechas: por un lado, por partidos “neoliberales” u “ordoliberales”, como es el caso de Francia y de Alemania respectivamente con el “disruptivo” Emmanuel Macron y la “austera” Angela Merkel, o el “grotesco” Boris Johnson en Inglaterra; por el otro lado, por la llamada “derecha radical”, como la que está en el poder en Hungría, Polonia, Eslovaquia y República Checa, que forman el Grupo de Visegrado.

En las regiones extraeuropeas se repite el mismo fenómeno. Con el telón de fondo de las desigualdades explosivas, los países llamados “del Sur” también están experimentando un giro reaccionario, caracterizado por el aumento casi simultáneo de fuerzas sociales y políticas regresivas. Muchos de los antiguos países de la Unión Soviética están hoy en día en manos de “demócratas iliberales” como la Rusia con Vladimir Putin. Otros dirigentes, como Recep Tayyip Erdoğan, se asemejan más a dictadores conservadores “electos por voto popular”¹. El Asia meridional y sudoriental, el mundo árabe, África y América Latina también están atravesados por poderosas corrientes retrógradas que, aquí y allá, adoptan la forma de auténticas movilizaciones populares, capaces de hacer o deshacer gobiernos e influir en los programas políticos: acontecimientos promonárquicos en Tailandia, terrorismo de Estado en Filipinas de Duterte, surgimiento de corrientes fundamentalistas en Malasia, en Indonesia y en el mundo árabe, gigantescas manifestaciones de apoyo al reaccionario presidente brasileño Jair Bolsonaro, represión brutal de los movimientos populares por el Gobierno de Sebastián Piñera en Chile, creciente poder e influencia de los movimientos extremistas hindúes en la India, los movimientos budistas en Birmania y Sri Lanka, resurgimiento de la violencia interétnica, religiosa y xenófoba en África...

¹ TEMELKURAN, Ece: *Comment conduire un pays à sa perte. Du populisme à la dictature*, París, Stock, 2019.

Last but not least, ese panorama sería incompleto sin mencionar a los Estados Unidos de América de Donald Trump, elegido en el año 2016 con el apoyo entusiasta de evangélicos liderados por el vicepresidente Mike Pence. En el contexto electoral actual que tiene a gran parte del mundo en ascuas, el mandato de Donald Trump ha permitido a grupos de la *Alt-Right* encabezados, entre otros, por el mediático Steve Bannon y a milicias paramilitares ejercer influencia o, por lo menos, presión en el sistema político estadounidense. Todo parece indicar una victoria hegemónica de fuerzas conservadoras que llegan a veces a unos niveles de violencia represiva que dificultan la diferenciación entre gobiernos conservadores y regímenes dictatoriales. A pesar de plétóricos, y a veces excelsos, estudios sobre este fenómeno, resulta dificultoso calificar con las categorías tradicionales de la ciencia política o por mera pereza intelectual a esos líderes que se suelen tildar, por lo menos a algunos de ellos, de populistas.

Si se considera que el populismo es una (la?) teoría del pueblo, como premisa cabe rendirse ante las evidencias: ¿la tarea de definirlo es la de Sísifo?? ¿Será ese vocablo un mero elemento retórico meramente performativo o tiene una realidad sociológica objetivable? ¿Es sinónimo de pueblo la palabra “gente” que algunos partidos usan hoy día para describir lo que fueron antaño las clases sociales trabajadoras? Si bien hoy se considera el término “clase” como inadecuado para describir las sociedades posindustriales, el de “pueblo” (y sus derivados “popular”, etc.) apela a un imaginario social (político, estético, ético, etc.) heteróclito y muchas veces contradictorio. Sin que se pueda examinar la palabra “pueblo” en su totalidad, se usará a continuación sin cursiva y sin comillas para referirnos no a un referente estabilizado y esencializado, sino a un referente construido discursiva e históricamente que no supone una mayoría numérica, sino un grupo lo suficientemente homogéneo como para afirmar su adhesión a una serie de criterios lingüísticos, culturales y socioeconómicos. La problemática de este artículo se enfocará exclusivamente en los populismos de derechas y/o conservadores y en la definición que estos líderes y movimientos conservadores dan del pueblo, suponiendo que el enfoque que se da a este concepto impacta *necesariamente* en la definición de la democracia.

Se podría plantear la hipótesis de que el populismo, al ser una retórica que se refiere a la gente común y que actúa en su nombre, es sobre todo una estrategia de izquierdas, puesto que las derechas han estado tradicionalmente más orientadas hacia la élite y la defensa de sus intereses. En el caso del populismo como una forma de retórica de izquierda, no debería suponer ningún peligro para la democracia en sí a pesar de la desconfianza hacia las instituciones de la democracia representativa. Sus demandas se limitan a más democracia, entre otras cosas a través

² BADIOU, Alain (comp.): *Qu'est-ce qu'un peuple?*, París, La Fabrique, 2013.

de consultas directas más frecuentes al pueblo considerado como *dèmos*, es decir, como cuerpo de ciudadanos que participan de la *polis*. Frente a este pueblo-*dèmos* inclusivo, los movimientos populistas de derechas y/o conservadores contemporáneos se fundan en la idea excluyente de un pueblo-*èthnos* que trataría de protegerse de agresiones exteriores (emigrantes, comunistas, “desviados sexuales”, feministas, ecologistas...). Se postulará que el nacional-populismo conservador pone en peligro la democracia porque no se limita a cuestionar las reglas formales de una democracia pluralista, sino que su retórica antisistema (*anti-establishment*) cuestiona los fundamentos mismos de este régimen al negar el pueblo-*dèmos*. En la primera sección se estudiará el valor interpretativo y heurístico del término populista. En la segunda parte se examinará si –y cómo– estos líderes y movimientos contribuyen a una “brutalización” del debate político (para retomar el concepto que acuñó George Mosse al analizar la Primera Guerra Mundial³).

El populismo: cuatro escollos y una definición mínima

En el caso del populismo “hoy y ahora”, parece más simple, fructuoso y pertinente empezar por definir lo que no es. Primero consta que esta teoría no describe exclusivamente partidos o movimientos de derecha, ni tampoco de izquierda, sino que puede aplicarse a los dos a la vez. Tampoco puede usarse exclusivamente para describir partidos que no son “ni de izquierda ni de derecha”, como calificó el historiador Zeev Sternhell al fascismo y a la derecha revolucionaria francesa, a la que consideró como un protofascismo⁴. La lista de líderes tildados de “populistas” corrobora esta idea de que la referencia “derecha/izquierda” no arroja luces a este fenómeno político. Nada permite asemejar a D. Trump y el Partido republicano estadounidense que lo apoya a M. López Obrador en México; a la France Insumise, a Die Linke y Syriza, a Boris Johnson y al Partido Conservador británico que empujó el Brexit en Inglaterra y a la mayoría de los movimientos de extrema derecha como el Vlaams Block belga, el Frente Nacional francés, la Liga del Norte Italiana o el AFD alemán. En el caso español, el populismo puede abarcar tanto a Pablo Iglesias y Podemos como a los nacionalistas vascos y catalanes (que representarían la vieja burguesía tradicionalista) y a Vox. Pero, ¿cómo calificar a un líder como Emmanuel Macron, que se vanagloria de ser un anti-populista de izquierda y de derecha “al mismo tiempo”, pero que presenta cierto parecido familiar con actores o movimientos que se identifican inequívocamente

³ MOSSE, George: *Fallen Soldiers. Reshaping the Memory of the World Wars*, Oxford, Oxford University Press, 1990. El concepto aparece en la traducción francesa del libro: *De la Grande Guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes*, París, Hachette, 1999.

⁴ STERNHELL, Zeev: *Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France*, Paris, Seuil, 1983 y *La droite révolutionnaire 1885-1914: les origines françaises du fascisme*, Paris, Seuil, 1978.

como tales? Me refiero a la personalización a ultranza del poder con su partido *En Marche* (que son también las iniciales de su nombre y apellido), su menosprecio por el Parlamento, su negación de los cuerpos intermedios de la sociedad, su hipermediatización y sus modos directos de comunicación, su no pertenencia a los circuitos tradicionales de la carrera política, etc. Para el sociólogo Michel Wievorka, Emmanuel Macron es el prototipo de un “populismo desde arriba” por defender un discurso de “extremo-centro”⁵. Ello lo confirma Étienne Balibar:

(...) De hecho, existe también un “populismo de centro” muy poderoso: en el sentido de que el “populismo” evoca una opinión pública manipulada por estructuras de poder contra un “enemigo” imaginario que sirve para impedir que los ciudadanos se informen y descubran dónde están sus propios intereses. Entiendo el término “centro” en dos sentidos a la vez: el “centro” político, en oposición a los extremos, y el “centro de poder” dominante, es decir, el “centro” político, en oposición a los extremos⁶.

Otra líder afín al ultraliberalismo, Margaret Thatcher, fue tildada también en su tiempo de populista por Stuart Hall⁷. Según este autor, representaba un “populismo autoritario” porque defendía una forma excepcional del Estado capitalista que, a diferencia del fascismo clásico, conservó la mayor parte de las antiguas instituciones representativas, mientras construyó a su alrededor un consentimiento popular activo.

Tampoco parece oportuna una definición que limitaría el populismo a un mero “antidemocratismo”. Si bien el término «populista» implica hoy día una supuesta amenaza a la convivencia democrática, asimilando el sujeto así calificado a un extremista peligroso, en la historia de los populismos desde el siglo XIX, ni el antidemocratismo, ni la demagogia, ni el fascismo aparecen como características dominantes. Muy por el contrario. En el populismo ruso como en el estadounidense de finales de siglo XIX, está presente la orientación reformista y “progresista” propia del socialismo humanista. Es un movimiento de defensa de la democracia contra la captura oligárquica del poder económico y político. No implica ningún culto al líder ni hostilidad al pluralismo; no conlleva ningún proyecto socialista (no pretende crear una nueva sociedad), sino que defiende la democracia existente en nombre de un sentido común democrático compartido por todos. En cuanto a los populismos latinoamericanos, si bien muchos líderes pueden considerarse como demagogos, fueron también partidarios y/o

⁵ WIEVORKA, Michel: «Emmanuel Macron incarne un «populisme d'en haut», *Le Monde* (19-II-2017). https://www.lemonde.fr/idees/article/2017/02/19/emmanuel-macron-incarne-unpopulisme-d-en-haut_5081979_3232.html

⁶ BALIBAR, Etienne: «Du populisme au contre-populisme», *Populismus Interventions*, 3 (2015) (<http://www.populismus.gr/>). Todas las traducciones de libros o artículos extranjeros son nuestras.

⁷ HALL, Stuart: *Le populisme autoritaire. Puissance de la droite et impuissance de la gauche au temps du thatcherisme et du blairisme*, Paris, Editions Amsterdam, 2008.

defendieron a las clases populares e impidieron a veces golpes de estados militares. Por esta razón y sin negar el carácter difuso del concepto, Alain Touraine definía el Estado nacional-popular como la interdependencia de tres componentes: el Estado como defensor de la identidad nacional frente a una dominación extranjera, mecanismos políticos y sociales de integración y la defensa de la cultura nacional y popular⁸. Este aspecto del populismo no merece más desarrollo aquí por ser tratado en todos los libros sobre populismos.

Hablando de esta corriente política, no puede considerarse el populismo tampoco como un resurgimiento del virilismo que traduce un exceso de testosterona. Son muchas las mujeres populistas que encabezan hoy movimientos de extrema derecha. Basta citar a las estrellas de esta familia política, como Pia Kjaersgaard (presidenta del Partido Popular Danés); Krisztina Morvai (eurodiputada húngara del partido “nacional-radical” Jobbik); Anke Van Dermeersch (senadora belga del Vlaams Belang); Siv Jensen encabezando el Partido del Progreso noruego; Céline Aumarduz (presidenta del Partido Popular Suizo UCD); Marine Le Pen, presidenta del Rassemblement Nacional en Francia; Pauline Hanson, presidenta del Partido Liberal en Australia, e incluso Alice Weidel y Frauke Petry, de Alternativa para Alemania (AFD). A diferencia de la extrema derecha tradicional, que es intrínsecamente misógina y sexista, y alienta medidas retrógradas (como la supresión del aborto o la remuneración de los padres) y es reacia a promover los derechos de la mujer, esas líderes desdibujan los códigos del populismo, llegando incluso a hacerlo pasar por un movimiento liberal desprovisto de estos residuos totalitarios. Es esta imagen suavizada la que atrae un nuevo electorado, joven y femenino. Las mujeres, al ser consideradas como altamente sensibles según la sociedad patriarcal, están mejor capacitadas para llevar a cabo una política social de proximidad. A pesar de que sean todavía dos veces más numerosos los hombres que votan a la extrema derecha en comparación con las mujeres, estas dirigentes contribuyen a un proceso de depuración de esta familia política. Invernando conceptos y corrompiendo el lenguaje, la extrema derecha sigue denunciando el multiculturalismo como si se tratara de un totalitarismo moderno. A los enemigos de antaño -judíos, comunistas y masones-, sucede hoy el musulmán que representaría una amenaza a la sexualidad y a la libertad femenina. Esta evolución dota al populismo de extrema derecha de un carácter proteico; se va adaptando al contexto migratorio actual, pero no deja de defender una tradición cristiana conservadora llena de prejuicios sexistas y homófobos. Incluso partidos inicialmente ateos como el Partido por la Libertad de Geert Wilders o anticlericales como el Partido de la Libertad de Austria austriaco (FPÖ) hacen hoy día de la referencia a las raíces y a los valores cristianos o “judeo-cristianos” de Europa el centro de sus programas políticos.

⁸ TOURAINE, Alain: *La Parole et le Sang: Politique et société en Amérique latine*, París, Odile Jacob, 1988, p. 167.

Por fin, resulta también irrelevante el criterio económico para dibujar una línea divisoria entre los populistas y los demás. Cabe subrayar primero que la separación de estos partidos de la derecha radical populista parece basada principalmente en la distinción socioeconómica izquierda-derecha: el “nacionalista” cree que los partidos están a la izquierda, favoreciendo una fuerte intervención estatal (incluidas las nacionalizaciones y las políticas de bienestar elaboradas), mientras que se dice que la derecha radical populista está a la derecha porque defiende un modelo de libre mercado (es decir, el neoliberalismo). Para enfocarnos en la parte derecha del espectro político, esta distinción no encaja con los estimulantes trabajos de Cas Mudde, politólogo de la Universidad de Georgia, sobre el populismo de la derecha radical. Este politólogo distingue dos categorías “la derecha radical populista (*populist radical right*), más bien proteccionista, y los populistas neoliberales (*neoliberal populist*). Es importante recalcar que estas dos categorías pueden evolucionar en el tiempo adaptándose a un contexto histórico diferente o transformándose con el cambio generacional de los dirigentes. Es notable al respecto la evolución del ex Frente Nacional francés (hoy día Rassemblement National) entre Jean-Marie Le Pen y su hija Marine. Cuando aquel se vanagloriaba de haber anticipado la *reaganomics*, esta defiende ahora una postura cercana a la economía socialdemócrata, en defensa de los más pobres y míseros. La postura actual de Marine Le Pen, que no concita un apoyo unánime dentro del partido, se limita sin embargo a aplicar medidas sociales a los franceses “étnicamente puros” (*français de souche*), excluyendo de esta protección a los extranjeros, un *welfare chauvinism* que Jörg Haider sintetizó otrora con una fórmula : “social pero no socialista”. Aunque ningún partido de la derecha populista ha proyectado nunca suprimir la propiedad privada, algunos de ellos sí han evolucionado hacia una suerte de “capitalismo chauvinista” que mezcla economía neoliberal con “nacionalismo económico”. Sin que sea una verdadera novedad -si se piensa por ejemplo en el *poujadismo* de los años 1950 en Francia-, este nacionalismo económico afirma una “preferencia por un sistema capitalista nacional(ista)”, en defensa de las pequeñas y medianas empresas, frente a un sistema capitalista globalizado en manos de grandes empresas transnacionales. Se trata a la vez de defender a los trabajadores nacionales, víctimas de *dumping social*, y de fortalecer el Estado mediante una política económica que define sectores estratégicos excluidos de la economía neoliberal financiera global. Como lo subraya Cas Mudde:

La idea de que el neoliberalismo predomina dentro del programa económico de los partidos populistas de derecha radical no es la única percepción errónea dentro de la literatura. Igualmente errónea es la afirmación de que la economía es primordial para la ideología y el éxito de esta familia política. Como la economía es un tema secundario para los partidos de la derecha radical populista, estos la instrumentalizan para seguir su programa ideológico prioritario, es decir, el nativismo, el autoritarismo y el populismo. Los argumentos liberales se utilizan para debilitar el poder de los partidos

mayoritarios (por ejemplo, la privatización de las instituciones estatales controladas por partidos), mientras que se implementan medidas sociales para proteger o fortalecer la nación (por ejemplo, los subsidios agrícolas y familiares)⁹.

Frente a ese inventario heteróclito, verdadero “cajón de sastre”, Cas Mudde considera el populismo como “una ideología delgada” en contraposición a “ideologías gruesas o plenas”¹⁰ como el liberalismo y el marxismo, que tienen un cuerpo de pensamiento construido en torno a ideas fundacionales. Inspirado en la estrategia de Sartori de elaborar definiciones mínimas de conceptos¹¹, el populismo puede servir a una de estas “ideologías gruesas”, pero tendría además, y esto es lo que lo define, una “ideología delgada” que se basaría en algo muy simple: la división de la sociedad en dos partes. Por un lado, el pueblo, un grupo puro cuya superioridad moral es indiscutible, y un grupo corrupto que existe al lado y en contra del pueblo sin formar parte de él. Esta definición se compone de tres conceptos centrales y necesarios: la centralidad del pueblo, visto como una comunidad homogénea y virtuosa; la denigración de las elites, construidas como actores malvados y corruptos, y la concepción de la política basada en el principio de la soberanía popular. Esta definición trata de superar los sesgos históricos, normativos y regionales del populismo.

Arthur Borriello nota tres deficiencias en esta lectura teórica cuya finalidad solo es elaborar una línea divisoria entre grupos en lucha por la legitimidad política¹². Una fragilidad teórica, en primer lugar. El concepto de una ideología “gruesa” es como una contradicción lógica. Si una ideología es, por definición, una visión totalizadora del mundo, o bien el populismo es más “grosso” de lo que suena, o no es una ideología. Una modestia meramente descriptiva y explicativa, entonces. Este enfoque no ofrece una teorización seria de las causas del surgimiento del populismo. La razón es que, si el populismo es solo un elemento marginal que se apoya en la verdadera “ideología gruesa” de un movimiento, se convierte de hecho en un elemento secundario que no justifica la atención que está recibiendo. No es de extrañar que la mayoría de los autores que basan su análisis en esta definición terminen trabajando no sobre el populismo como tal, sino sobre la tradición que hay detrás de él, generalmente el nacionalismo autoritario. Hipocresía normativa, por último: pretender ser “neutral” y libre de

⁹ MUDDLE, Cas: *Populist Radical Right Parties in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, p.127.

¹⁰ SARTORI, Giovanni: «Concept Misformation in Comparative Politics», *American Political Science Review*, 64(4) (1970), pp. 1033-1053.

¹¹ BORRIELLO, Arthur, «Populisme partout, populisme nulle», *Revue Ballast*, 13 (6-VI-2020). www.revue-ballast.fr

¹² BORRIELLO, Arthur: «Populisme partout... ».

las connotaciones peyorativas que conlleva el término populismo cuando este enfoque sigue transmitiéndolas explícita o implícitamente. Explícitamente, asocia el populismo con una moralización de las oposiciones políticas –que es ampliamente discutible– y con una concepción homogeneizadora y antipluralista (por lo tanto, protototalitaria) del pueblo.

Por su lado, Ernesto Laclau, considerado como “el único teórico del populismo”¹³, propone una perspectiva discursiva. Para este autor (2005), el populismo tiene una lógica política, intrínseca y racional que permite la expresión de demandas sociales insatisfechas. Al ser una “lógica política” y no un movimiento identificable con una base social especial o con una determinada orientación ideológica, el populismo puede ser tanto de izquierda como de derecha y hacerse vocero de los más variados intereses sociales. Por consiguiente, el populismo se encuentra “en grados variables en prácticamente todos los partidos políticos” al ser un estilo político que agita las pasiones populares y busca ganar apoyo popular mediante un discurso excluyente. Esta lectura abre sin embargo la puerta a un “populismo de izquierda” que da a la oposición entre el pueblo y las élites un significado “social” y permite así una convergencia de luchas sectoriales de los “dominados”. El populismo de izquierda insiste en el *ethos* y la *praxis* liberacionalista de esta perspectiva, siendo una forma de construir identidades políticas articulando las demandas democráticas entre ellas. Otra vez Arthur Borriello señala el límite de esta perspectiva:

Sin embargo, paradójicamente también termina por dificultar la identificación de los movimientos populistas de una manera concreta: su dimensión excesivamente formalista –el populismo es despojado de cualquier contenido ideológico, programático o sociológico, incluyendo la centralidad de la referencia a la “gente” en sí misma– conduce a que el populismo no sea más que un sinónimo de *política* en general, lo que lleva a que sus manifestaciones se vean en todas partes.

Estas consideraciones parecen llevar a una imposible categorización satisfactoria del populismo y confirman la conclusión que sacaron tan temprano como en 1969 G. Ionescu y E. Gellner, para quienes no existía una definición unívoca y aplicable a todas las situaciones (Ionescu y Gellner, 1969). Se privilegiará entonces en este trabajo una definición mínima y, por lo tanto, lo más neutral posible del populismo para no incurrir en postulados normativos *a priori*. Como teoría del pueblo, los populistas pretenden encarnar al pueblo, lo que les otorga una supuesta legitimidad superior a las instituciones o a los demás grupos sociales¹⁴. Pero además, como lo precisa Pierre-André Taguieff, el populismo es también:

¹³ VALLESPÍN, Fernando y MARTÍNEZ-BASCUÑÁN, Mária: *Populismos*, Madrid, Alianza Editorial, 2017, p. 61.

¹⁴ MÜLLER, Jan-Werner: *Qu'est-ce que le populisme?*, París, Premier Parallèle, 2016.

(...) un estilo político capaz de dar forma a diversos materiales simbólicos y de asentarse y establecerse en múltiples lugares ideológicos, asumiendo la coloración política del lugar de recepción. También, e inseparablemente, se presenta como un conjunto de operaciones retóricas implementadas a través de la explotación simbólica de ciertas representaciones sociales: el gesto de apelar al pueblo presupone un consenso básico sobre lo que es y vale el “pueblo” (demos o *ethnos*), y sobre lo que quiere¹⁵.

Esta definición tiene el evidente mérito de subrayar uno de los problemas teóricos fundacionales del populismo como teoría/doctrina del pueblo, que estos ensayos no ubican en el centro de la problemática. Se intentará desdibujar qué es “el pueblo del populismo de derechas”.

El populismo de derechas y la democracia: la victoria del pueblo-èthnos frente al pueblo-dèmos

Si se procede a una historización del término pueblo partiendo de la raíz griega del vocablo pueblo, se pueden discernir varias acepciones que permiten caracterizar el pueblo de los populistas conservadores. Desde el período micénico (de 1650 a 1100 a. C.) y aún en el mundo de la épica (850 a 750 a.C.), *damos* coexiste con *laos*¹⁶. *Laos* designa un grupo, más o menos numeroso, que se define en relación con un jefe. No hay jefe sin *laos*, no hay *laos* sin jefe. Como *laos* expresa además una noción de movimiento, a menudo se considera que *laos* es el pueblo en armas. Frente a *laos*, que representa una suma de individuos, el *dèmos*, desde el principio se referiría a una verdadera comunidad, dotada de su propia realidad. En la época clásica, cuando *laos* cayó en desuso, los *demos* siguen siendo utilizados para designar la reunión de los individuos que conforman la ciudad, ya que actúa políticamente. El pueblo (*dèmos*) es mayoritario en número y se refiere a los ciudadanos varones como grupo. Existen otros términos para referirse a ese cuerpo social. El singular *polis* (la ciudad) y su derivado *politai* (ciudadanos) se utilizan para referirse a la comunidad cívica, mientras que *èthnos* se refiere a una comunidad racial o a una organización social y política que no es la de la ciudad. La definición del *dèmos* como el equivalente exacto de la *polis* marca así el fundamento mismo de la ideología

¹⁵ TAGUIEFF, Pierre-André: «Le populisme et la science politique du mirage conceptuel aux vrais problèmes». *Vingtième Siècle*, 56 (octubre-diciembre 1997), pp. 4-33, p.8.

¹⁶ Los estudios lexicógrafos de referencia son VERNANT, Jean-Pierre: *Les origines de la pensée grecque*, París, PUF, 2007 [1.ª ed. 1962]; BENVENISTE, Émile: *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, 2 vols., París, Les Éditions de Minuit, 1969; ROBERTS, Jennifer Tolbert: *Athens on Trial: The Antidemocratic Tradition in Western Thought*, Princeton, Princeton University Press, 1994; CASSIN, Barbara (ed.): *Vocabulaire européen des philosophies*, París, Le Seuil-Le Robert, 2004; WERLINGS, Marie-Joséphine: *Le dèmos avant la démocratie. Mots, concepts, réalités historiques*, París, Presses universitaires de Paris Ouest, 2010, y CHANTRAINE, Pierre (dir.): *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, París, Klincksieck, 2009 [1.ª ed. 1968-1980].

democrática. La unidad del *dèmos* se basa en el hecho de que la ciudadanía tiene prioridad sobre todos los demás, incluyendo el linaje biológico (*gènos*), el buen nacimiento (*eugenia*) o el prestigio del linaje o la pertenencia a la comunidad racial (*èthnos*). El pueblo-*dèmos* es el único pueblo del régimen popular llamado isonomía (es decir, “distribución igualitaria” o “igualdad ante la ley”). El pueblo-*èthnos*, por su parte, se opone al establecimiento de procesos igualitarios de deliberación y elección entre los ciudadanos de una comunidad, porque solo una parte de esta comunidad puede gozar de derechos de ciudadanía exclusivos. ¿Cómo se encarna hoy en día la noción pueblo-*èthnos* en los llamados regímenes “populistas” de derecha, y con mayor razón en los partidos y movimientos de extrema derecha que los apoyan? La democracia de los populistas de derecha se basa, en diversos grados y formas, en la xenofobia “racial”. Se da, al menos discursivamente, un cambio de la democracia política a la democracia racial a través de la naturalización o la esencialización del extranjero (*xènos*). En la ciudad ateniense, los *xènos* y los *métoïkos* (metecos), es decir, quienes han cambiado de residencia, podían prever su integración en la comunidad política (*dokimasia*) a través de sus contribuciones a la vida cívica; su extrañeza y/o impureza quedaban entonces borradas.

Pero hoy en día el discurso populista de derecha no acepta a los *xènos* y *métoïkos* en nombre de una especie de alabanza a la *autoctonía*. Este concepto de *autoctonía*, tomado del mito de que los primeros atenienses salieron de la tierra, fue revisado en la segunda mitad del siglo XIX por las teorías racistas de Gobineau y Vacher de Lapouge. Se estableció entonces un racismo sistémico, que permitió distinguir a los nativos de los demás estableciendo una jerarquía de miembros de la *polis*. Los buenos nativos representan un *nosotros*, provenientes de una tierra cuyos habitantes habrían permanecido iguales, “los mismos”, desde el principio, y esto sin discontinuidad, gracias a una cultura heredada de los antepasados. Frente a esta insigne estirpe, están los *otros*, multitudes de extraños, personas, que vienen de otros lugares, del exterior, necesariamente impuros y que viven en ciudades híbridas. A través de sus múltiples reconfiguraciones actuales, la *autoctonía* mezcla alegremente tierra, sangre, muertos, ancestros, raíces y cultura. Diferentes países tendrán diferentes historias. Aunque la nación es una construcción histórica muy reciente, su cimentación permite señalar al enemigo y consolidar un territorio en torno a un destino nacional común (la “estatogénesis”). M. Heidegger traza un legado de los griegos a los arios, a través de los alemanes, de los que se dice que fueron los precursores¹⁷. Alrededor de una red de nociones como “nación, pueblo, estado, socialismo, trabajo, combate, comunidad, destino, misión”, Heidegger llama a la “revolución” nacionalsocialista (o “revolución alemana”), que se supone que va a provocar una inversión del “destino” alemán. En la misma perspectiva, se podrían

¹⁷ SOMMER, Christian: «Présentation Autour de Heidegger, Discours de rectorat (1933): contextes, problèmes, débats», *Les Études philosophiques*, 93 (2010/2), pp. 155-162.

citar aquí algunos ejemplos de las recientes políticas de limpieza étnica en todo el mundo llevadas a cabo en nombre de esta autoctonía: desde los bosnios en la antigua Yugoslavia, los tutsis en Ruanda, los rohingyas en Birmania, o en otra forma la política de “genocidio cultural” de los uigures en Xinjiang. El caso de la política del presidente indio Narendra Modi hacia los Estados de Jammu y Cachemira, presentado como una variante hindú del nacional-populismo, es otro¹⁸.

No es posible asimilar todos estos regímenes que practican el terror contra una parte de sus poblaciones y agruparlos bajo el término de populismo, lo que borraría las diferencias fundamentales, tanto más cuanto que no todos los populistas de derecha están a favor de la violencia directa y física contra las personas que se consideran exógenas al cuerpo social. Si nos atenemos al caso francés y a la lectura más radical del pueblo-èthnos, podemos trazar una genealogía intelectual de inspiración racial que alimenta un panteón de héroes que se supone encarnan este pueblo. Se dibuja una Francia “eterna” según la fórmula del escritor y figura del nacionalismo francés Maurice Barrès. En *Les Déracinés* afirma que el primer deber de los franceses es defender su ego contra los “bárbaros”, es decir, contra todo lo que pueda debilitar el florecimiento de su propia sensibilidad¹⁹. El segundo se resume en la expresión “la tierra y los muertos”, porque, según él, “los cementerios y la enseñanza de la historia” son necesarios para hacer una nación y para forjar la “conciencia nacional”. Alimentado a menudo por un antisemitismo virulento que se expresó a finales del siglo XIX a través de las plumas venenosas de Édouard Drumont y Charles Maurras, el populismo francés conservador alaba hoy en día a los “franceses nativos”, que constituyen un pueblo “fundado en su propia génesis”, los autóctonos (“nativos del país”), oponiéndose necesariamente a los alogénicos (“nacidos en otro lugar, extranjeros”). A los “cuatro estados confederados de Maurras” (el judío, el protestante, el masón y la mezquita) se añaden hoy en día otras “figuras de maldad” a esta lista de enemigos interiores y exteriores. El mahometano (responsable de la “halalización” de la sociedad francesa) ocupa un lugar destacado, pero se suman también las y los feministas, intelectuales, multiculturalistas del mayo del 68, activistas “xenófilos” de los derechos humanos, ecologistas santurrones y “arrepentidos descoloniales” que fomentan el “odio a sí mismo” de los franceses mediante la condena del régimen de Vichy y la denuncia del pasado colonial de Francia. Tampoco debemos olvidar, por supuesto, en esta lista de extranjeros, al “comunista” y sus avatares. Al respecto, es interesante observar que estos populistas de extrema derecha hoy en día se proclaman los verdaderos republicanos y garantes de los valores del laicismo, pero no pueden considerarse como demócratas al excluir una parte significativa del cuerpo social²⁰.

¹⁸ JAFFRELOT, Christophe: «Narendra Modi ou la variante hindou du national-populisme», *Outre-Terre*, 54-55, (2018/1), pp. 42-48.

¹⁹ BARRES, Maurice: *Les Déracinés*, París, Gallimard, 1988.

²⁰ <https://rassemblementnational.fr/communiqués/laicite-cest-a-la-republique-detre-revendicative/>

Sería imposible hacer una lista exhaustiva de este nebuloso grupo de defensores del pueblo-èthnos que prosperan en todo el mundo. Cabría preguntarse sobre la reivindicación del término *populista* por la extrema derecha nacionalista y xenófoba (como la de Viktor Orbán, Nigel Farage, Éric Zemmour, Steve Bannon, Alain de Benoist). Esta extrema derecha se presenta hoy como opuesta al “elitismo” y pretende una legitimidad democrática a la que no tiene derecho, ya que ninguna de las medidas que propone puede pasar, en ningún sentido de la palabra, como medida de democratización, ampliación o consolidación de los derechos. Autoproclamada “populista”, esta derecha antiliberal es fundamentalmente hostil al estado de derecho y a la democracia, tal como se conciben hoy día en Europa. Sin embargo, llega al poder por la vía democrática si se considera la fuerza electoral de partidos de extrema derecha que han ganado posiciones importantes como Alternativa para Alemania (AfD), que logró elegir más de 80 diputados, el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ), que gobernó con el canciller Sebastian Kurz, el poderoso Vlaams Belang belga, partidario de la independencia de Flandes, el movimiento Vox en España, que pretende ser un “hacedor de reyes” y Hermanos de Italia (FDI), que compite con Mateo Salvini por el liderazgo de esta corriente en Italia. En el caso estadounidense se han hecho visibles durante la presente campaña electoral grupos supremacistas que abiertamente rechazan el sistema democrático a pesar de apoyar a Donald Trump: como el complotista QAnon, las tropas de choque de extrema derecha The Proud Boys, Boogaloo Bois, Three Percenters, Oath Keepers, Patriot Prayer o Wolverine Watchmen... Este último grupo se convirtió en noticia con su plan de secuestrar a la gobernadora de Michigan, pero salieron del anonimato al participar en el mitin de extrema derecha en Charlottesville en Virginia en 2017, luego en las protestas contra las medidas de contención en la primavera o en las protestas contra la brutalidad policial desde este verano. Todos participan hoy de la creciente tensión originada por Donald Trump, que culpabilizó sin embargo a la izquierda de la situación, al mismo tiempo que llamó a esos grupos de ¡Stand Back and Stand By! Una declaración que según Kathleen Belew prepara una verdadera guerra civil²¹. Acorde a la sobrevaloración del pueblo-èthnos, el mismo director del FBI reconoció en septiembre que estos grupos supremacistas representan hoy la principal amenaza terrorista interior en el país:

Within the domestic terrorism bucket, the category as a whole, racially motivated violent extremism is, I think, the biggest bucket within that larger group. And within the racially motivated violent extremist bucket, people subscribing to some kind of white supremacist-type ideology is certainly the biggest chunk of that²².

²¹ BELEW, Kathleen: *Bring the War Home. The White Power Movement and Paramilitary America*, Nueva York, Harvard University Press, 2018.

²² BEAVERS, Olivia: “Wray: Racially motivated violent extremism makes up most of FBI’s domestic terrorism cases”, *The Hill* (17-IX-20). <https://thehill.com/policy/national-security/516888-wray-says-racially-motivated-violent-extremism-makes-up-most-of-fbis>

La fuerza de esta corriente ideológica, en su versión más radical, se considera hoy en día lo suficientemente amenazadora como para que la Dirección Ejecutiva del Comité contra el Terrorismo de la Organización de las Naciones Unidas emita una advertencia muy clara en abril de 2020: “Los Estados miembros están preocupados por la creciente y cada vez más transnacional amenaza del terrorismo de extrema derecha”²³. Cabe señalar que la lista de atentados mortales perpetrados por extremistas de derecha se ha triplicado en el espacio de cinco años, según el Índice de Terrorismo Mundial 2019 (GTI) del Instituto de Economía y Paz. No quedan claros todavía los vínculos que existen realmente entre todos los grupos nacional-populistas, más o menos violentos²⁴. Sin embargo, todos parecen compartir la misma obsesión en el mundo occidental, un temor a lo que llaman la “gran sustitución”, una teoría popularizada en 2010 por Renaud Camus, escritor francés de extrema derecha, a quien se atribuye muchas veces la paternidad del concepto²⁵. Presente en realidad desde finales del siglo XIX y durante todo el siglo XX, esta tesis se apoya en la idea de que hay un complot mundial de las élites transnacionales y multiculturalistas que conduce a un proceso deliberado de sustitución de la población francesa y europea por una población no europea. Según el contexto nacional y la época, los reemplazos poblacionales fueron en Europa los judíos, italianos, armenios y hoy en día son los norafricanos musulmanes. Los mismos autores de los atentados de Christchurch, o de El Paso y Poway en 2019, se autodefinieron como seguidores de esta teoría.

Es interesante notar que estos grupos conspiracionistas y/o paramilitares han prosperado en Internet desde hace ya varias décadas. Martin Gurri no llega a atribuir completamente a la ola populista (derecha o izquierda) este cambio de paradigma tecnológico, pero lo implica fuertemente²⁶. Según él, Internet da voz a todos y cada uno, permitiendo la expresión de intereses y emociones instantáneas. Las redes sociales virtuales causan por consiguiente una disfunción social importante, puesto que una sola persona, un solo evento, una sola alerta potente, puede atraer a miles de personas y crear un movimiento viral de opinión. Este nuevo actor (*el Público* o las *multitudes digitales*) suele posicionarse contra los poderes organizados en absoluto rechazo al orden establecido. Según este autor, la *Era digital* destruye la idea de una sociedad organizada según una jerarquía de

²³ “CTED organizes Global Research Network virtual roundtable about extreme right-wing terrorism”. <https://www.un.org/sc/ctc/news/2020/10/08/cted-organizes-global-research-network-virtual-roundtable-extreme-right-wing-terrorism/>

²⁴ HASDAY, Antoine, MACÉ, Maxime y PLOTTU, Pierre, «Au nom de la «race blanche», *Slate* (15-VI-2020). <http://www.slate.fr/story/191526/terrorisme-extreme-droite-attentats-menace-occident-theorie-grand-remplacement-racialisme-xenophobie>).

²⁵ CAMUS, Renaud: *Le Grand Remplacement*, Neuilly-sur-Seine, David Reinharc, 2011 (reed. 2012).

²⁶ GURRI, Martin: *The Revolt of The Public and the Crisis of Authority in the New Millennium*, San Francisco, Stripe Press, 2018.

conocimientos y posiciones formalizados en gobiernos, empresas y universidades. Y la dinámica y forma de pensar de las multitudes digitales no se orientan hacia una participación en el debate público como lo haría el pueblo-*dèmos*, puesto que precisamente se oponen a los medios de comunicación y a los dispositivos culturales de las élites más tradicionales que implican verticalidad, centralización, normas, procedimientos y deliberaciones. En ese sentido, el *dèmos* difiere de la “masa” (*plèthos*), de la “muchedumbre” (*ochlos*) o del “grupo” (*homilos*) (sin referencia al número de gente). *Plèthos*, que casi siempre tiene un significado peyorativo, se refiere a la gran multitud en estado bruto, la multitud indistinta y, en un contexto político, a la “chusma” deshumanizada, inaccesible a la razón, dominada por sus impulsos. Así pues, el *plèthos* no es más que un conjunto de singularidades dispersas que reacciona apasionadamente a una situación dada, y por lo tanto transgrede el orden político instituido. Mientras que el *dèmos* entiende al pueblo como el órgano de la ciudad, *plèthos* se refiere a un agregado prepolítico que es a la vez una consecuencia de y una causa del desencanto democrático, lo que algunos autores también han llamado la posdemocracia en la era de la inteligencia artificial y el big data²⁷.

Aunque pretende someter sus perspectivas de observación y reflexión como un nuevo campo de experimentación para un uso más amplio y contemporáneo, Elias Canetti en *Masa y poder* también nos invita a pensar en nuestra constitución y nuestros reflejos arcaicos, que se expresan en nuestras actitudes y comportamientos, espontáneamente y sin nuestro conocimiento, con la dificultad, a veces, de reconocernos en nuestras acciones y gestos cuando “hacer masa” se hace necesario en el sentido filosófico del término. Si “nada teme más el hombre que ser tocado por lo desconocido”, y que “solo inmerso en la masa puede el hombre redimirse de este temor al contacto”, se llega entonces a cuestionar el *dèmos* de la democracia que constituye el pueblo que se construye mediante la deliberación²⁸. ¿Y qué son el perfil y el papel del líder en esta configuración? Elias Canetti menciona el papel muy especial que desempeña el héroe:

El enemigo quería su vida [la del héroe], como él la del enemigo [...] Colmado por el monstruoso hecho de su supervivencia, se abalanza al próximo combate. Nada le pudo afectar, nada le podrá afectar. De victoria en victoria, de un enemigo muerto al otro, se siente cada vez más seguro: su invulnerabilidad aumenta, se convierte en una armadura cada vez más perfecta [...] El pueblo quiere a su héroe invulnerable²⁹.

²⁷ CARDON, Dominique: *La démocratie Internet*, París, Le Seuil, 2010; CROUCH, Colin, *Post-démocratie*, Zürich, Diaphanes, coll. «Transpositions», 2013, 140 p., trad. Yves Coleman, ISBN: 9782889280032.

²⁸ CANETTI, Elias: *Masa y poder*, Barcelona, Muchnik Editores, 1981, pp. 3 y 4.

²⁹ Ibidem, p.140.

Aunque no era la intención de Elias Canetti definir el populismo, ¿podría el líder “populista” disruptivo ser considerado este héroe? Situado en la intersección de una voluntad popular y una vocación de sacrificio, el “líder”, hombre providencial, está investido de una doble legitimidad, ascendente y descendente: espejo del pueblo-*plèthos*, del que emana, es también emblema de la comunidad eterna cuyos valores encarna. Estamos en una lógica del espejo, una lógica de la identidad donde la representación política se concibe solo en términos de su reproducción.

Estos líderes del nacional-populismo se alimentan de mitemas transhistóricos en los que la violencia sobredetermina el discurso y estructura las relaciones humanas, de acuerdo con una visión hobbesiana de la sociedad. Estos mitemas crean *comunidades imaginarias*, para usar la terminología de Benedict Anderson³⁰, en las cuales el lenguaje proporciona un capital de identidad que compensa la acción política impotente. Estos líderes populistas invitan a sus electores a experimentar la historia como una tragedia en la que la vida y la muerte del pueblo están en juego en todo momento. Esta amenaza inminente justifica una moral de sacrificio, disciplina y un movimiento de “salto” y unión popular que trascendería los intereses particulares, es decir, una despolitización de la lucha política, ya no vista como un enfrentamiento entre partidos y programas, sino como la oposición esencialista entre autóctonos y *xènos*. Se trata de un discurso que provoca ansiedad y que, sin embargo, es tranquilizador, porque valida un sentimiento de desvalorización individual y lo trasciende a un destino colectivo, cuyo resultado sería la recuperación del orgullo. También es una palabra excluyente que crea un vínculo y un sentimiento de pertenencia que es tanto más fuerte cuanto se ofrece como exclusiva. En la era de las comunidades imaginarias virtuales, en la que el uso de las redes sociales parece garantizar el anonimato y la total impunidad, es fácil comprender la lógica de la brutalidad del debate público en el que la invectiva ha sustituido al diálogo. Aunque el insulto en la política no es algo nuevo³¹, Donald Trump debe ser reconocido como una figura excepcional en esta lid. El *New York Times* publicó de hecho la lista de las 598 personas insultadas por D. Trump en Twitter (hasta la fecha del 24 de mayo de 2019)³².

Aunque la reflexión sobre la personalidad autoritaria ha sido objeto de muchísimos trabajos que no es posible citar en este trabajo, sí es posible proponer aquí

³⁰ ANDERSON, Benedict: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 2006 [1.ª ed. 1991].

³¹ BOUCHET, Thomas: *Noms d'oiseaux. L'insulte en politique de la Restauration à nos jours*, París, Stock, 2010.

³² LEE, Jasmine C. y QUEALY, Kevin: «The 598 People, Places and Things Donald Trump Has Insulted on Twitter: A Complete List», *The New York Times* (24-V-2019). <https://twitter.com/realDonaldTrump/status/675174167591985152>.

tres figuras en torno al líder. Una lectura clásica de la personalidad autoritaria que podría representar R. T. Erdogan sería la del líder bonapartista. Pertenecería entonces a la derecha bonapartista teorizada por René Rémond, aquella de Napoleón III, que colocaba el acento en el rol del líder, la endeblez de los organismos intermedios y el llamamiento al pueblo –con el uso del referéndum– en el desprecio manifiesto por los partidos políticos y las instituciones de la democracia representativa. Algunos autores sugieren hoy día que tanto R. T. Erdogan como Donald Trump han caído ya en la categoría de “césares nacionalistas”³³, “dictadores”³⁴ o “líderes fascistas”, como lo sugiere, por ejemplo, el profesor de Yale Jason Stanley³⁵. Por su lado, el historiador norteamericano Robert O. Paxton prefiere hablar de “plutocracia” en lugar de “fascismo”. Paxton distingue en la retórica de Trump motivos típicamente fascistas (“lamento por la decadencia nacional, atribuida a los extranjeros y las minorías; desprecio de las normas legales; incitación implícita a la violencia contra opositores, y rechazo a todo lo que es internacional, sea el comercio, instituciones o tratados”). Sin embargo, la fuente de legitimidad política adquirida por Trump descansa en su fortuna personal, su poder mediático y su proximidad con grandes empresarios –algunos de los cuales forman parte de su gabinete, lo que lo aleja de los movimientos fascistas de masas de los años 30–. En nuestra era digital y comunicacional, el trumpismo no sería más que una “plutocracia” cínica capaz de aprovechar los medios modernos de comunicación para imponerse en las urnas.

Otra figura podría ser la del *pagliacista* (de *pagliaccio*, que significa payaso en italiano). Analizando el gobierno italiano de la Liga del Norte y del movimiento Cinque Stelle, el filósofo Jean-Louis Vullierme propone denominar su gobierno como *pagliacismo*, es decir un “poder grotesco” en referencia a la *commedia dell'arte*. Sería, según él, una forma de *idiocracia* que consiste en llevar sistemáticamente al poder a las personas más incompetentes, bajo la égida de un *matamore* (un personaje que se jacta de hazañas imposibles)³⁶. Parte esta teoría entonces de la idea de un pueblo idiota que se deja manejar por personas que hacen un uso recurrente del tema del “antisistema”. Este recurso al “antisistema” permite criticar tanto a la élite financiera globalizada como a los migrantes considerados no “blancos” (musulmanes del Próximo Oriente como mexicanos o centroamericanos). Esta “postura exógena” al sistema político tradicional permitiría alcanzar la meta final

³³ PRANCHERE, Jean-Yves, «Le pagliacisme n'est pas un populisme», en INRER (Institut de recherches et d'études sur les radicalités). <https://inrer.org/2020/06/pagliacisme-populisme-discussion/>

³⁴ TEMELKURAN, Ece: *Comment conduire...*

³⁵ STANLEY, Jason: *How Fascism Works The Politics of Us and Them*, Nueva York: Random House, 2018

³⁶ VULLIERME, Jean-Louis: «Du pagliacisme», *Cosmocène* (10-V-2020). <https://cosmocene.eu/2020/05/10/du-pagliacisme-par-jean-louis-vullierme/>.

de restablecer un orden perdido y una fantasmal grandeza pasada. Cuanto más grotesca la figura del líder, como pueden ser Boris Johnson, Donald Trump, Pepe Grillo, Jair Bolsonaro, más atracción puede ejercer sobre el pueblo-*plèthos* de las multitudes digitales. Como suele ocurrir muy a menudo, Michel Foucault ya había pensado en esta figura política grotesca:

Creo que existe una categoría precisa; en todo caso, habría que definir una categoría precisa del análisis histórico político, que sería la de lo grotesco o ubuesco. El terror ubuesco, la soberanía grotesca o, en otros términos más austeros, la maximización de los efectos de poder a partir de la descalificación de quien los produce: esto, creo, no es un accidente en la historia del poder, no es una avería de la mecánica. Me parece que es uno de los engranajes que forma parte inherente de los mecanismos del poder. [...] El grotesco es *uno de los* procedimientos esenciales de la soberanía arbitraria. Pero como sabrán, también es un procedimiento inherente a la burocracia aplicada [...] El grotesco de alguien como Mussolini estaba absolutamente inscripto en la *mecánica del* poder. Este se atribuía la imagen de *tener su* origen en alguien que estaba teatralmente disfrazado, modelado como un payaso, como un bufón. Me parece que desde la soberanía infame hasta la autoridad ridícula, *están* todos los grados de lo que podría llamarse la *indignidad del poder*³⁷.

Conclusión

¿Es la democracia “the government of the people, by the people, and for the people”, como lo dijo el presidente Lincoln en su *Gettysburg Address*³⁸?, ¿o será la democracia “simply the bludgeoning of the people by the people for the people”, como lo dijo Oscar Wilde en uno de sus famosos aforismos³⁹? Al revés de las conquistas democráticas –aunque incompletas en muchos casos– de las últimas décadas, gobiernos nepotistas y élites plutocráticas exacerbaban tensiones de identidad basadas en divisiones étnico-religiosas. En un contexto de frustraciones socioeconómicas y de descrédito generalizado de los profesionales de la política, son muchos los indicadores que señalan una fase de “regresión”⁴⁰, de “derechización del mundo”⁴¹: tensiones identitarias e histeria en torno a la

³⁷ FOUCAULT, Michel: *Los anormales*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, pp. 25-26.

³⁸ LINCOLN, Abraham: «The Gettysburg Address (Nov. 19, 1863)», en William E. GIENAPP (ed.), *This Fiery Trial: The Speeches And Writings of Abraham Lincoln*, Nueva York: Oxford University Press, 2002.

³⁹ WILDE, Oscar: «The Soul of Man under Socialism», en *The Fortnightly Review (New Series)*, 49(290) (febrero de 1891), pp. 292-319.

⁴⁰ GEISELBERGER, Heinrich (dir.): *L'Âge de la Régression Pourquoi nous vivons un tournant historique*, París, Premier Parallèle, 2017.

⁴¹ CUSSET, François: *La droitisación del mundo*, París, Textuel, 2016.

seguridad, auge del conservadurismo moral y del fundamentalismo religioso, resurgimiento del nacionalismo extremo y étnico, auge de partidos políticos y corrientes abiertamente xenófobos, multiplicación de las plutocracias demagógicas que eluden el imperio de la ley para enriquecerse desvergonzadamente, banalización de los discursos racistas, misóginos y homofóbicos. En el debate público y en ambientes políticos han ganado mucho espacio líderes radicales y/o grotescos que se pretenden guardianes del orden y la moral, oponentes acérrimos del universalismo de los derechos humanos y del multilateralismo, opositores al Estado social, nostálgicos de un pasado fantástico o simples partidarios del *statu quo*. Se habla de “populismo” para caracterizar a esos líderes autoritarios “electos por voto popular”, aunque en muchos casos sería inapropiado hablar de democracia debido a la ausencia de garantías mínimas de libertad de voto o de respeto a las y los candidatos opuestos. Y es más, muchos de estos líderes son vistos como amenaza a la democracia.

El fenómeno político del “trumpismo” en Estados Unidos y, en menor medida, de las derechas radicales xenófobas, ultranacionalistas (según el caso, ultraliberales o profundamente proteccionistas en lo económico) se inscribe en lo que podríamos llamar una cuarta ola reaccionaria, siguiendo la perspectiva trazada por Albert Hirschman en su libro sobre la retórica reaccionaria⁴². Según este autor, las embestidas antiestatistas de la “tercera ola reaccionaria”, que se oponen al Estado de bienestar construido con el advenimiento del keynesianismo, suceden a una primera, hostil a la afirmación del principio de la igualdad ante la ley y, de manera más general, al reconocimiento de derechos civiles después de las grandes revoluciones liberales de finales del siglo XVIII, y a una segunda, que se opuso a la extensión del sufragio universal en los siglos XIX y XX. La cuarta ola reaccionaria, la de los defensores del pueblo-*èthnos* que se apoyan en el pueblo-*plèthos* de la posdemocracia digital, ha jugado con las frustraciones y el descrédito generalizado que ha caído sobre la democracia como régimen fundado en el pueblo-*dèmos* y sobre el personal político que lo representa. En un mundo sobredeterminado por poderes económicos transnacionales, estos líderes han ganado legitimidad debido a la imposibilidad de una verdadera participación significativa de los ciudadanos en las decisiones importantes. Son entonces los límites de la democracia representativa, combinados con la influencia de las redes sociales, el peso de una oligarquía y una tecnocracia intocables, el escaso impacto de la alternancia electoral en la política pública, los que contribuyen a nutrir el populismo.

El populismo actual no se puede pensar, como fenómeno político, fuera del marco de la democracia. Se suele atribuir a André Malraux una frase

⁴² HIRSCHMAN, Albert: *The Rhetoric of Reaction: Perversity, Futility, Jeopardy* Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press, 1991.

–probablemente apócrifa– que “el siglo XXI será espiritual o no será”⁴³. Es posible que el regreso del conservatismo moral actual le dé la razón. Ante unas harapientas e indigentes izquierdas que no logran oponerse a las derechas que tienen viento de cola, y ante una banalización del estado de vigilancia generalizada⁴⁴, es posible que el siglo XXI sea también autoritario como lo sugirió el filósofo Ralf Dahrendorf⁴⁵. Sin embargo, en la era del antropoceno, marcada por el cambio climático, las pandemias de enfermedades, la crisis de terrorismo, la desigualdad económica y la desesperación de los ciudadanos condenados a trabajos indignos, Robyn Eckersley plantea un nuevo desafío a la democracia

El problema, sin embargo, no es simplemente que la globalización haya debilitado las fronteras entre los territorios y la distinción “interna/externa” que había sido fundamental para la creación y la práctica de la democracia y el Estado modernos. Más bien, la raíz del problema proviene precisamente de esta cuestión de los límites, que es en sí misma inherente a la propia noción de democracia [...] Las democracias representativas modernas se han construido sobre los límites territoriales preexistentes, cuyos contornos habían sido determinados por soberanías no democráticas [...] El antropoceno pone a prueba la validez de este problema de las fronteras re-introduciendo la noción de límites planetarios. A menos que consideremos la colonización del espacio, el dèmos ya no tiene a su disposición otros límites territoriales que el propio planeta. Esto nos obliga a imaginar un nuevo y decisivo cambio para la democracia y la ciudadanía, que desafíe las tradicionales coordenadas democráticas de espacio, tiempo y comunidad sobre las que se ha construido la moderna democracia representativa⁴⁶.

⁴³ SANTELLI, Claude y VERNY, Françoise: *André Malraux. La légende du siècle*, ORTF (29-IV-1972).

⁴⁴ FOESSEL, Michaël: *Etat de vigilance. Critique de la banalité sécuritaire*, París, Le Bord de l'eau, 2010.

⁴⁵ Geisser, Vincent, Dabène, Olivier y Massardier, Gilles (dirs.), *Autoritarismes démocratiques et démocraties autoritaires au XXI siècle*, París, La Découverte, 2012.

⁴⁶ ECKERSLEY, Robyn: «La démocratie à l'ère de l'Anthropocène», *La Pensée Écologique*, 1(1) (2017).